

# San Calentín

¡VUELVEN  
VALENTINA Y  
REBECA!



M A C A F E R R E I R A

# San Calentín

MACA FERREIRA



**Copyright ©Maca Ferreira (Mara Macbel)**

Obra Registrad sin ánimo de lucro.

Safe Creative: 1902139943908

1ª Edición: Febrero 2019

Diseño interior y portada: Macarena Ferreira

Los personajes y acontecimientos reflejados en este relato son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Las marcas y lugares mencionados pertenecen a sus respectivos dueños, nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre su propiedad. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización por escrito del propietario y titular del Copyright.

Este relato es de difusión gratuita cedido por la autora para sus lectores.

El catorce de febrero, día de San Valentín, también es conocido mundialmente como el día de los enamorados. Bajo mi punto de vista me parece más una excusa para expresar con regalos y mensajes de amor lo que se siente hacia otra persona; en lo que a mí respecta no me hace falta que sea un día en concreto para decirle a Valentina cuánto, cómo o de qué forma la quiero. Aunque ya he comprendido que para ella sí que es un día especial, estos años juntos me lo han dejado más que claro.

Entenderlo no ha sido tarea fácil, más bien todo lo contrario. Ella incluso sigue pensando que volveremos a no celebrarlo. Y estoy tan convencido de ello porque yo he querido que así sea, claro está, pero es que de otra manera el factor sorpresa sería menor, y no hay nada que me guste más que ver su cara de asombro cuando no espera algo.

Mi pequeña es muy expresiva y se le nota todo en la cara. Todo.

—¿Estás seguro de que con esto es suficiente?

Miro al hombre que hasta hace poco ostentaba únicamente el título de mi mejor amigo, pero que se ha convertido en parte de mi familia de manera oficial al casarse con mi hermana hace poco más de cuatro meses.

—Sí, deja de preocuparte, Santi. Parece que le tengas miedo a tu mujer.

Él se ríe comedidamente y palmea mi hombro antes de pasarme un paquete de pañales.

—¿Yo? No ha sido idea mía.

—Qué cabrón. ¿Me estás echando el muerto encima? Te recuerdo que estuviste de acuerdo con mi plan. —Me río al ver su cara poniéndome los ojos en blanco, gesto que ha debido de pegársele de Rebeca, y acomodo los pijamas de mi hijo—. ¿Cuatro serán suficientes?

—Yo diría que sí, vamos a pasar dos noches...

Tuerzo la cabeza sin estar del todo convencido, pues sé lo que puede llegar a manchar mi pequeño monstruito de año y medio.

—¿Me necesitas para algo más o me puedo ir ya a casa? —me pregunta mirando la hora en su teléfono móvil—. Quiero preparar una cosa antes de que llegue Rebeca del trabajo.

Me incorporo pausando mi tarea y levanto las manos en señal de rendición, pues conociendo a estos dos me puedo imaginar de qué se trata.

—Márchate, no seré yo el que arruine vuestros juegos.

Santi se limita a sonreír de forma cómplice antes de salir de mi habitación, despidiéndose. A los pocos segundos escucho la puerta de la entrada cerrarse suavemente, haciendo que la casa se quede en un silencio abrumador.

Es extraño. Este es un privilegio que pocas veces puedo experimentar desde que nos convertimos en padres de Javier, nuestro demonio de Tasmania de cabeza rubia, muslos apretados y mejillas sonrosadas, pero la verdad es que prefiero estar acompañado de sus sonidos por toda la casa y sus cuatro palabras mal dichas.

Estos dieciocho meses se han pasado en un suspiro.

Aún recuerdo cuando decidió venir al mundo. Estábamos pasando un par de días en la casa de Santi, perdidos en el valle del Montseny, con motivo de la celebración de mi cumpleaños. Mi niño oportuno...

Valentina se puso de parto y puedo confirmar que fue el día más acojonante de mis casi treinta años de vida. Pasé miedo real, del que te aprieta las gónadas e impide que articules palabra.

No quería que nada malo le pasase a la mujer de mi vida y a mi pequeño pateador, que quiso llegar al mundo robándome el protagonismo para hacer que compartiéramos día de nacimiento, algo que debo reconocer que me encanta.

Desde entonces nuestros días se han convertido en una vorágine de pañales sucios, noches en vela, primeras veces y miedos que hemos ido solventando conforme aparecían, haciéndolo lo mejor que nuestro instinto recién estrenado nos dicta.

Ser padre no es un trabajo fácil, pero reconozco que ser madre aún lo es menos, pues aunque compartimos las tareas de casa y del niño, Valentina siempre carga con más peso en el cuidado de Javier, en parte debido a que su horario reducido en el trabajo le permite pasar más tiempo en casa. Eso sin contar con que me han usurpado el uso y disfrute de los pechos de mi chica con otro fin diferente al mío...

En esa tarea poco puedo hacer yo aparte de maravillarme cada vez que los observo, y dar gracias a la madre naturaleza por el apetecible aumento de tamaño que ha sufrido una de las partes más bonitas de su cuerpo. Lo siento, experimento una increíble debilidad por la delantera de Valentina y no me quejaré por tener que compartirla con otro hombrecito si las consecuencias son tan interesantes.

Y aunque ha sido una etapa algo difícil, no todo han sido dificultades.

También hemos llenado horas y horas de recuerdos preciosos y divertidos, como la primera vez que soltó una carcajada mientras le hacía bobadas y sonidos ridículos; aquella otra en la que decidió utilizar mi pecho como pañal y me puso perdido de fluidos verdosos provenientes de su trasero mientras lo cogía para ir a darnos un baño juntos; o cuando pronunció su primer y balbuceante «papá».

Y es precisamente por los meses que llevamos sin parar, por lo que he decidido dedicarnos un tiempo como pareja, que buena falta nos hace, ya que la mayoría de las veces que Javier nos da un respiro caemos rendidos en la cama, y aunque Valentina ha recuperado —con creces— el apetito sexual que perdió durante su embarazo, son contadas las ocasiones en las que podemos dedicarnos algo más de un par de caricias y un encuentro silencioso para no despertar a la fiera que duerme en su cuna con un oído sumamente delicado.

Creo que es el momento de plantearnos cambiarlo a su dormitorio, aunque cuando he intentado sacar el tema Valentina se ha negado en redondo, alegando que aún es pequeño y quiere disfrutar más de él como su bebé.

No quiere que crezca y yo no la culpo ni la presiono.

Cuando le propuse a Santi la idea que había rondado mi cabeza desde hacía un par de semanas no entendió parte de mi plan, aunque estoy más que convencido de que cuando sea padre experimentará la tarea casi hercúlea de despegarse de un hijo durante varias horas, con la consiguiente sensación desagradable, por lo que si hablamos de irnos de fin de semana ya se me antoja algo impensable sin Javier... Eso por no hablar de lo que podría provocar en la madre de hacerlo. No, mejor no pienso en cómo llegaría a reaccionar.

Sé que no estaríamos cómodos ni centrados en disfrutar y continuamente pensaríamos en cómo se encontraría el pequeño, así que le pedí a Santi que se viniesen con nosotros, él y Rebeca, y se hiciesen cargo del peque para poder prepararle a Valentina algo especial, relajante y, por qué no, succulentamente erótico.

Y aunque mi plan está más que organizado, tengo que darme prisa en terminar de preparar el equipaje si no quiero que lleguen a casa y me encuentren aquí, descubriéndose con ello que he salido antes de trabajar y me traigo algo entre manos.

Mi teléfono suena en alguna parte de la habitación. Se escucha atenuado. Rebusco entre las prendas esparcidas por la cama, dando con él segundos después.

—¡Hola, papi!

Sonríó al escuchar la voz infantil de mi chica.

—Hola, ¿dónde estáis?

—En el parque, este pequeño hombrecito se resiste a abandonar el columpio, ¿verdad, Javier?

Llega hasta el auricular la voz de mi hijo riéndose y chillando alegre.

—Parece que le damos cuerda de noche —se queja cariñosa retomando su tono habitual, pues los gritos de Javier se escuchan algo más lejanos—. Lleva más de una hora jugando y no quiere ni oír hablar de marcharnos.

—Menos mal que no hace demasiado frío hoy.

—Ya. Oye, no te olvides de pasar por la farmacia antes de volver a casa.

Su tono de voz cambia y tuerzo el gesto.

—No te preocupes, ya lo he comprado.

—Bien. Gracias.

—No tienes que darlas.

—Rubén, yo...

La culpabilidad en su voz me hace sentir mal pero decido que lo mejor es dejarlo correr, forzando un tono más animado.

—¿Por qué no convences al peque diciéndole que tengo para él un regalito si viene a casa? Ya estoy aquí esperándoos.

—¿Ya has llegado?—se extraña.

—Sí, y os echo de menos.

—Nosotros también a ti.

La sonrisa en su voz me tranquiliza e intento no pensar en la bolsa que reposa sobre el lavabo.

—Venid con cuidado, ¿vale?

—Vale. Te quiero.

—Y yo.

Cuando cuelgo el teléfono sube hasta mi garganta un regusto amargo. Trago con dificultad y muevo la cabeza un par de veces intentando despejar las ideas. Debo centrarme en la sorpresa y no darle más vueltas a la angustia que vi en los ojos de Valentina cuando me dijo esta mañana que tenía un retraso en el periodo.

Es algo que hemos hablado en más de una ocasión. No es que tenga que ser ya, pero me gustaría volver a ser padre. No es porque no tenga suficiente con Javier, sino porque no me gustaría que fuese hijo único. Valentina lo es y no le da demasiada importancia, pero yo que me he criado con una hermana mayor y sé lo que significa, me gustaría poder darle lo mismo a mi pequeño.

Ella alega que ya tendremos tiempo, que somos jóvenes y podemos plantearlo más adelante, pero sé que conforme Javier vaya creciendo se va a volver más complicado, menos cómodo volver a empezar. Y mentiría si dijese que no me alegraría en caso de que el test diese positivo mañana por la mañana.

Sé que con su ex marido no hubo discusión posible, Enrique tiene una anomalía congénita hereditaria y es estéril. A veces pienso que eso nos ha dificultado un poco a nosotros las cosas, pues su predisposición a que seamos padres es bastante escasa —por no decir nula—, y creo que si el anterior embarazo no nos hubiese cogido por sorpresa a los dos, aún a día de hoy no se plantearía siquiera ser madre.

Termino de recoger las cosas que hay desperdigadas sobre la cama y escondo la maleta en la parte alta del armario del pasillo. El resto de cosas que me quedan por guardar tendrán que esperar. Mañana antes de marcharnos intentaré que Santi la atraiga a su casa con alguna excusa y así poder recoger las cosas de aseo y un par de prendas que, de quitarlas ahora de en medio, levantarían sus sospechas.

A ver qué se le ocurre a mi amigo, porque él tampoco le ha dicho nada a mi hermana de la escapada y no las tengo yo todas conmigo de que no vaya a montar alguna escenita cuando lleguemos... Espero que se contenga, o que lo haga Santi, pues últimamente parece haber perfeccionado la técnica de amansado de fiera pelirroja.

Sonrío por mi pensamiento a la vez que suena la cerradura de la entrada.

Ya están en casa mis dos debilidades.

—¡Papi, papi! —chilla Javier corriendo con sus piernecitas cortas y algo tambaleantes cuando me asomo al salón.

—Hola, campeón. —Lo alzo en mis brazos y él ríe escandalosamente cuando lo muevo imitando el sonido de un avión—. ¿Lo has pasado bien en el parque?

—¡Parque!

Le beso la mejilla regordeta.

—No lo menciones —me reprende Valentina divertida observando la escena—. Casi tengo que recurrir al soborno para venir.

Me río y me acerco a ella con el niño apoyado en mi brazo izquierdo.

—Hola, nena.

—Hola.

Sé que ha notado el cambio de mi voz, sus ojos la han delatado.

—Tienes algo aquí...

Acerco mi boca a la suya y muerdo su labio inferior deleitándome con el momento. Su respiración se entrecorta y sonrío triunfal, abarcando su trasero con mi mano libre y atrayéndola hacia mí.

Ella cierra los ojos durante una fracción de segundo más de lo normal y pasa sus manos por mi cintura.

—Rubén...

—Dime.

—El niño —susurra observando mi boca hambrienta.

Mi mano se aventura entre la tela del pantalón y su trasero, haciendo que gima bajito cuando lo agarro con descaro.

—Está muy entretenido con el chaleco de papá, ¿verdad?

Mi pregunta no obtiene respuesta, pues el pequeño no deja de jugar con el cordón que sale de la capucha de mi sudadera y que lo mantiene entretenido.

—Ya sé qué quiero de cena.

—¿Ah, sí? —pregunta siguiéndome el juego—. ¿El qué?

Arrimo mi boca a su oreja, susurrándole.

—Quiero comerte entera después de que te corras en la ducha como aquella vez en la que entré en el baño y me regalaste nuestro primer orgasmo. ¿Lo recuerdas?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

Antes de terminar de hablar noto su mano abarcando mi erección sobre la tela del pantalón de deporte que llevo puesto. Contengo un gruñido por su agarre firme y decidido, planteándome adelantar el comienzo de la escapada y dejar el niño con mi hermana y Santi esta noche.

—Voy a duchar a Javier, le daré la cena y, cuando se duerma, retomamos la conversación. —Mueve la mano, martirizándome mientras sonrío malvada—. ¿De acuerdo?

—Te ayudo, así tardamos menos —me limito a contestar con la voz grave.

Su cuerpo menudo se contonea delante de mí mientras lleva al niño hasta el baño. Gira la cabeza antes de perderse en el pasillo y me guiña un ojo, haciendo que una risa anticipada escape de mi garganta, a la vez que siento los latidos acelerados de mi corazón radiando en mi erección, que se levanta orgullosa señalando en dirección de su dueña, indicando el camino a seguir.

Y aunque podría poner mi mente a pensar en muchas cosas, como tener preparado el plan de mañana antes de marcharnos, reorganizar y repasar la lista de cosas que no debo olvidar llevarme, o el hecho de sentirme mal padre por no haber jugado con mi hijo al llegar del parque y haberle pedido a su madre que lo duerma, lo cierto es que no lo hago, pues desde hoy viernes queda inaugurado el fin de semana dedicado en exclusiva a que mi pequeña disfrute y se deje llevar como mujer, dejando un poco apartada su faceta de madre cargada de obligaciones.

Un buen rato después y, tras haber escuchado la voz de Valentina desde la habitación de matrimonio contarle varios cuentos al pequeño, aparece por el salón guiñando los ojos por la luz.

—Casi me quedo dormida yo...

Sonrío y palmeo el sofá a mi lado, invitándola a unirse y dejando el teléfono en el brazo del mismo. Ella se sienta y se pega a mi costado, rodeándola con mi brazo.

Beso su cabeza y la apoya en mi pecho, suspirando.

—¿Cansada?

—Sí, un poco.

—¿Cómo ha ido el día?

—Bien. He hablado con Ricardo sobre lo de los turnos.

—¿Sigues empeñada en ampliar las horas?

Indago sabiendo que se siente algo culpable en relación al trabajo pues, al poco de empezar a trabajar como administrativa en la empresa de Santi y su padre, descubrimos que estaba embarazada. Ellos en todo momento le facilitaron las cosas e incluso le permiten trabajar desde casa muchos días.

—Es igual, me ha dicho que no.

—Entiendo.

—Prefiere que sigamos como hasta ahora y que cuando Javier vaya al colegio volvamos a hablar.

—Pues si lo dice tu jefe habrá que hacerle caso, ¿no? —la intento animar.

—Creo que de ser otra no tendrían tantas concesiones.

—Valentina, Ricardo es padre de cinco hijos, imagino que entiende la situación y actúa con conocimiento de causa.

—No, si se lo agradezco, pero no puedo evitar sentirme culpable.

—Hazte a la idea de que tienes un trabajo a media jornada y, sobre todo, piensa que Javier agradecerá el día de mañana estar con su madre desde que sale de la guardería, y no con una cuidadora.

—Llevas razón.

—Tu chico es una fuente de sabiduría...

Ella se ríe y palmea mi pecho, incorporándose y mirándome a los ojos.

—¿Y cómo es que has salido antes de trabajar?

—Llevaba todo el día llorando por las esquinas echándote de menos y el director se ha apiadado de mí, dejándome salir antes con la condición de darme un homenaje contigo.

Vuelve a reírse y eleva una ceja.

—¿Estás seguro de que esas han sido sus palabras?

—Literales.

—Entonces habrá que obedecerlas... Hablabas antes de una ducha, ¿verdad?

Se pone en pie frente a mí y, con su mano, me empuja el pecho para que vuelva a apoyarme en el sofá. Me dejo hacer y la observo a la vez que comienza a sacar por su cabeza el chaleco.

Trago saliva, haciéndome la boca agua cuando se queda en una sugerente ropa interior negra que le he visto cientos de veces pero que hoy me llama poderosamente la atención.

—¿Quieres terminar tú por mí?

—Por supuesto.

Intento ponerme en pie pero su mano de nuevo me lo impide, agarrándome del hombro y haciendo que me siente. Chista con la lengua en su paladar y niega con la cabeza a la vez.

—¿Qué tal si lo intentas con la boca?

Sonrío de medio lado, clavando mis ojos en los suyos mientras me acerco a la parte inferior de su ombligo, oliendo su piel en el camino que recorren mis labios hasta topar con la



prenda. La agarro entre los dientes y tiro hacia atrás, soltándola y haciendo que dé un pequeño salto por el latigazo de la prenda.

—Rubén...

Su voz se entrecorta cuando abarco con mi boca su entrepierna aún cubierta por la tela, y muerdo.

—Uhhh...

Gimo al notar su sabor en mi lengua y agarro la prenda con las manos, bajándola por sus piernas. En esta ocasión no pone objeción y, una vez desnuda de cintura para abajo, la atraigo hacia mí agarrándole el trasero. Ella apoya sus manos en mis hombros y echa la cabeza hacia atrás gimiendo en respuesta. Sus piernas algo abiertas me permiten tomar contacto con sus labios, brillantes por sus fluidos. La beso en un par de ocasiones y una idea ronda mi mente.

—Ven aquí.

Me echo hacia atrás de nuevo, deslizándome en el asiento hasta dejar mi cabeza a la altura de la parte alta del sofá. Me apoyo en él y la miro. Ella me observa curiosa y sonrío.

—¿Has cambiado de idea sobre la ducha?

—La noche es muy larga, no tengas prisa. Ven, anda. —La vuelvo a llamar.

Ella se sube al sofá con la intención de sentarse sobre mí, pero niego con la cabeza y le pido que se ponga de pie en él.

—¿Estás loco?

—Por ti.

La ayudo a colocarse, posicionándola con las piernas abiertas a cada lado de mi cuerpo. La agarro por los muslos y arrimo su cuerpo a mi cara, con la clara intención de devorarla entera.

—Joder...

Sonrío contra su piel, relamiendo mis labios al contacto con los suyos. Durante unos minutos me entrego al festín, provocando sus gemidos entrecortados y algo contenidos. Sus manos se aferran a mi cabeza y cuando siento que está a punto, llevo mis dedos hasta su abertura e introduzco dos de ellos hasta el fondo, sin dejar de succionar y mover la lengua sobre su clítoris.

—Oh, joder —sisea—. Joder... Para. Para, Rubén. Sí... No, no pares.

Sin pasármeme por la cabeza detenerme, continuo, notando cómo tira de mis pelos al agarrarse a ellos cuando comienza a correrse. Sus caderas se mueven erráticas contra mi cara. Gimotea satisfecha, muevo unas cuantas veces más los dedos en su interior y beso su piel sensibilizada hasta que la siento debilitarse.

Deja caer las rodillas, sentándose sobre mi cuerpo en una postura nada natural y que aprieta dolorosamente mi erección, pero ella suspira satisfecha antes de besarme en los labios y no me muevo.

—Gracias.

—¿Por?

—Por existir.

—Qué profunda te has puesto. —Me río—. No tienes que darme.

—Creo que últimamente no te doy las gracias lo suficiente por todo lo feliz que me haces.

Acaricio su pelo suelto y cierro los ojos, feliz.

—Es mutuo, cariño.

Pasamos unos minutos en la misma postura pero empiezan a entumecérmeme las piernas. Ella nota mi incomodidad y se levanta, llevando la mano hacia su espalda. Desabrocha su sujetador y lo deja caer contra el sofá.

—¿Te apetece cenar?

Contengo una risa.

—Sí esa es mi cena, sí.

Ella se ríe abiertamente.

—No, tonto. Voy a preparar algo para coger fuerzas. ¿Vienes?

—¿Vas a prepararme la cena en pelotas?

—Esa es la idea.

—Ten a mano el teléfono de los bomberos porque no respondo de mis actos.

La sigo hasta la entrada de la cocina, donde me para con un dedo sobre el pecho.

—Ah, no. Lo siento pero para entrar aquí esta noche hay una condición.

—¿Cuál? —le pregunto dispuesto a cualquier cosa.

—Ropa fuera.

—Tus deseos son órdenes.

Me desvisto con prisas, acordándome antes de conectar el vigila bebés que tenemos en la habitación para poder escuchar a Javier en caso de que se despierte.

Cuando entro en la cocina me recibe el trasero de Valentina frente al frigorífico, moviéndose sugerente. Se prevé una gran noche en la que tanto el salón, la cocina y el baño terminan siendo testigos de toda nuestra pasión y numerosos gemidos.

—¿Vamos a dormir? —me pregunta ella con su espalda apoyada en mi pecho, dentro de la bañera.

El agua empieza a estar fría.

—¿Ya te has cansado de mí?

—Nunca. Pero hace demasiado tiempo que no tenemos tanto sexo y estoy un poco... resentida.

Asiento enternecido con su bostezo. Ambos llevamos levantados desde las seis y media de la mañana y son casi las dos de la madrugada.

—Está bien, vamos a la cama.

—A dormir —recalca, incorporándose en la bañera y poniéndose de pie.

Observo el agua escurrirse por cada recoveco de su cuerpo y siento que comienza a animarse de nuevo mi entrepierna.

—No prometo nada.

Ella me mira, observa mi erección a media asta y abre los ojos.

—¿Aún no has tenido suficiente?

—De ti, nunca. —Me encojo de hombros.

—No tienes remedio... Veré que puedo hacer por ti.

Salgo de la bañera tras ella y nos secamos mirándonos en el espejo sin decir nada. Nos sonreímos y ella se da la vuelta, apoyándose en el lavabo y encarándome. Al hacerlo, algo cae y ambos miramos hacia el suelo.

El test de embarazo.

Su semblante cambia y el mío también como reflejo, pero no quiero que nada estropee este fin de semana, así que lo agarro, convencido de meterlo en el armario de las toallas y olvidarnos de él, al menos de momento.

Ella frena mi brazo y me mira a los ojos.

—Rubén, yo... tengo miedo.

Sus palabras me paralizan.

—¿De estar embarazada?

Asiente.

—Sé que quieres que volvamos a tener otro bebé, pero ya sabes que el embarazo de Javier no fue nada fácil. No sé si sabré hacerlo con dos. Volver a las nauseas, estar hinchada... No sé si estoy realmente preparada para ser madre... Y es algo absurdo porque ya lo soy, pero...

Me acerco hasta ella y dejo caer la caja de cualquier forma cerca del grifo.

—Nena, eres una madre increíble. No todos los embarazos son iguales, así que no tienes que tener miedo. Tampoco sabíamos cuidar de un bebé antes de tener a Javier y no se nos está dando nada mal, ¿verdad? ¿Dónde has escondido a la intrépida y curiosa Valentina que hablaba conmigo a través de un chat y que no parecía tener miedo a lo desconocido?

—No es lo mismo, es...

—No pienses en ello ahora, nena. Si no estás preparada, esperaremos, y si mañana al hacer la prueba sale positivo tendremos nueve meses para hacernos a la idea y procesarla. Puedo robar un bebé en el parque para ir ensayando —bromeo y por sus labios asoma una sonrisa.

—¿Y si se me quitan las ganas de esto...?

No, definitivamente ese no es el mejor recuerdo que tengo del embarazo de nuestro hijo, pues Valentina cogió una especie de aversión hacia el sexo y estuvimos prácticamente todo el embarazo sin rozarnos. Cuando me masturbaba intentaba evocarla a ella subida encima de mí, pero ni eso conseguía mejorar la situación, aunque intenté que ella no notase mi estado. Mi hermana decía que tenía muy mala cara y no le quité la razón.

Espero de verdad que el siguiente no sea igual, porque puede que termine volviéndome loco.

—Pues entonces tendremos que sacrificar el sueño de esta noche. Ya sabes, por si acaso, para tener material del que tirar luego en solitario, ya me entiendes...

Le guiño un ojo y señalo con la vista hacia mi entrepierna. Consigo aligerar su gesto. Se ríe y me besa algo más animada.

—Me parece un buen plan.

—Inmejorable.

Siento la vibración de mi teléfono móvil encima de la mesilla y lo agarro con rapidez.

—Esta me la pienso cobrar con creces, que lo sepas.

Escucho a mi hermana nada más descolgar y sonrío levantándome en silencio para evitar que su voz llegue a los oídos de Valentina y nos descubra, aunque aún continua dormida con Javier pegado a su pecho tras haberse saciado.

Bostezo cansado y cierro la puerta a mi espalda, dirigiéndome al salón.

—No sé por qué pero ya imaginaba que dirías algo así en algún momento.

—Muy listo eres tú, sí —ironiza—. Que sepas que hasta que Santi me ha dicho los planes que tenéis, hemos tenido una bronca monumental.

—¿Y eso?

—¿Tú te crees que es normal que no me lo cuentes? ¿Qué pensabais, raptarnos?

—Que conste que fue idea de tu marido lo de mantenerte al margen.

—¿Ah, sí? Entonces fue Santi el que quiso no decirme que íbamos a ir de fin de semana, ¿no?

Su voz maliciosa llega hasta mi oído y escucho la de Santi por detrás.

—Rojita, déjalo...

Intento mediar por mi amigo, aunque sé que él solito puede salir del atolladero.

—Necesito que hagas algo por mí —le digo unos segundos después, reclamando su atención, pues se ha puesto a hablar con Santi.

—¿De qué se trata y qué saco yo a cambio?

—¿Cuándo te has vuelto tan interesada?

—Habla.

—Tengo que terminar de preparar la maleta y necesito que Valentina salga de casa, ¿se te ocurre algo?

Espero unos segundos y finalmente contesta.

—Yo me encargo.

Le doy las gracias y me despido de ella rápidamente al sentir las voces de mi chica y mi pequeño en el dormitorio.

Ya se han despertado.

## REBECA

Rubén debe ser medio gilipollas o no me lo explico.

¿Llevarse a su pareja de fin de semana romántico y sexual, teniendo a su hermana, su cuñado y su hijo en la misma vivienda? ¿Qué clase de plan de mierda es ese, por el amor de Dios? Si lo que quería era darle una sorpresa a Valentina, se la dará, vaya que sí..., pero de las que no gustan ni lo más mínimo.

—Rebeca, lo estás volviendo a hacer.

—¿El qué? —le pregunto de malos modos a Santi, que me observa desde la cama con sus gafas de leer puestas y ese aspecto tan follable.

Lo está haciendo a posta, el maldito.

—Refunfuñar por lo bajo.

—No estoy refunfuñando.

—Sí, lo haces. —Sonríe casi imperceptiblemente.

—Es que a este muchacho le debió dar un cortocircuito neuronal en algún momento de estos últimos años y no nos hemos dado cuenta. ¿A quién se le ocurre semejante mierda de plan para regalar a su novia por San Valentín? —Me paseo por la habitación mientras hablo, seguida por los ojos de mi marido que no se ha movido en su posición—. ¿A ti no se te ha pasado por la cabeza decirle que aborte el plan y le regale un ramito de flores resultón?

—Rebeca, por favor.

—¡¿Qué?! Llevo razón, no me jodas...

—No, precisamente joder es lo único que no hemos hecho desde que nos hemos levantado.

Su tono de voz cambia y le miro, parándome en medio de la habitación.

—¿Estás enfadado?

—No.

—Estás enfadado —afirmo.

—No, Rebeca —repite suspirando—. No estoy enfadado, pero odio discutir contigo y es lo que llevamos haciendo desde que ha amanecido.

Asiento y me callo, viendo cómo se levanta y avanza hacia mí.

Irremediablemente pienso en la tarde en la que nos convertimos en marido y mujer, dejando de momento a un lado mi estado de ofuscación.

*Hace cinco meses...*

Era un dieciséis de septiembre cualquiera.

No tenía nada de especial para la mayor parte de la población mundial.

Algunos recordarían ese día por motivos totalmente diferentes a los míos. Puede que alguien perdiese a su mascota tal día como aquel, o llegasen al mundo un puñado de niños, llenando sus hogares de alegría y dicha.

Mi motivo me esperaba en el delicado altar rodeado de flores, en una hacienda preciosa de la ciudad. Su sonrisa algo nerviosa, el esmoquin que envolvía su morena y picante piel, sus manos a la espalda, seguramente agarradas entre sí, algo más tensas de lo habitual...

Estaba espectacular. Lo estaba de verdad y me daba rabia que nadie pareciese recaer en él, centrando sus miradas en mí.

Me daba rabia y a la vez alivio, pues así me quedaba con toda su visión para mí solita.

Sus ojos en ese momento me observaban con un brillo especial, como si estar enamorado no fuese suficiente para describir lo que sentía hacia mí.

Yo me movía agarrada del brazo de Rubén, yendo a su encuentro.

Durante los minutos que duró la ceremonia olvidé que estábamos rodeados de gente. Toda nuestra gente. Familiares, amigos y personas especiales que quisieron compartir el día con nosotros, a nuestro lado. También olvidé las ausencias, esas que tanta falta me han hecho en diferentes momentos de mi vida. Debería sentirme triste por ello, por relegar la imagen de mis padres a un segundo plano, pero durante esos casi cuarenta minutos fuimos él y yo. Santi y Rebeca. Mi marido y su mujer.

Cuando la burbuja en la que estaba metida explotó, todo se llenó de aplausos y palabras de alegría, como se siente el molesto confeti de una fiesta metiéndose en un ojo. No paraba de recibir felicitaciones algo turbada, más callada de lo que se esperaba en mí, según me dijeron.

No podía hablar. ¿De dónde había salido toda aquella maldita gente y por qué no nos dejaban solos para poder decirnos todo lo que nuestros ojos gritaban cuando nos mirábamos?

Aún recuerdo esa sensación...

Ese pellizco que me daba el estómago de anticipación.

Quería... No. Más bien necesitaba estar a solas con Santi. Necesitaba sus caricias, sus palabras escuetas pero certeras, su voz... «esa» voz que ponía cuando quería más de mí, sabiendo que no podría resistirme. Necesitaba mi noche de bodas. Mi para siempre. Mi vivieron felices y se encerraron en un dormitorio a lo vampiro en plena transición sexual, sin necesidad de dormir nunca más y rompiendo cabeceros con las manos.

Vale, sí. Leo mucho y mi imaginación es poderosa.

Pero toda esa marabunta se empeñaba en alabar el lugar, elogiar la comida, ensalzar la atención del personal del catering, celebrar por todo lo alto nuestra unión y agasajarnos con sus palabras.

¡Al cuerno todos!

Mi recién estrenado marido debió de leer la impaciencia en mis gestos y, como siempre, resolvió el problema de una forma discreta y elegante... A su manera.

Mi noche de bodas comenzó en un oscuro rincón del jardín donde se había celebrado el enlace, conmigo jadeante y sus manos perdidas entre el tul de la falda de mi vestido.

Sabía lo que se hacía... Me conocía.

Era consciente de cómo reaccionaba mi cuerpo a según qué movimientos de sus dedos.

Lo prohibido del lugar, el morbo de estar expuestos al aire libre aunque en un rincón bastante alejado, con Santi controlando la situación en todo momento y el perfecto acompañamiento de sus palabras soeces en mi oído, hicieron que mi orgasmo no tardase en llegar, muriendo en su boca.

Yo me quedé mucho más relajada.

Los invitaros apenas notaron nuestra ausencia, y si lo hicieron no dieron muestras de ello.

Y él se quedó con mi sabor en sus dedos el resto de la noche y una erección dura como la pared en la que me había apoyado, hasta que pude hacerme cargo de la situación, horas más tarde, en nuestro dormitorio de la suite del hotel donde nos hospedábamos.

—¿Qué más te da lo que Rubén le regale a Valentina? —me pregunta, haciéndome volver al presente.

—Pues...

—Venga, no seas así con él —ruega, terminando de acercarse.

—Mi hermano es un cutre, Santi. Luego seré yo la que tenga que aguantar los lloriqueos de ella quejándose por el regalito. Además, ¿no se te ocurrió ninguna excusa para escabullirte? —inquiero cuando lo tengo enfrente—. No sé, siempre podrías haber recurrido al típico «Lo siento, tío; justo ese día tengo cita para amputarme una pierna», o... No sé, un «mi abuela está de parto» es siempre buena opción.

Santi se ríe y yo sonrío.

Dios, me encanta su boca... Y sus dientes... Y su cuerpo... Vale, sí. Me pone cachonda hasta su manera de roncar. ¿Qué le vamos a hacer? Así es el amor.

—Organizar esto es especial para tu hermano y tiene sus razones, Rebeca. —Me agarra de las caderas y se pega a mí, mirando mis labios—. Tan solo debemos limitarnos a cuidar de Javier y dejarles algo de tiempo para ellos solos. Podremos hacerlo.

—Pues claro que podremos. Somos dos contra uno, que encima es bajito y cagón.

Él se ríe y acaricia mi mejilla.

—¿Estás segura de que puedes con tu sobrino?

—Hasta con los ojos cerrados y una mano vendada a la espalda —exagero.

—Me alegra escuchar eso...

Le miro alzando una ceja. Su tono de voz esconde algo, que lo sabré yo.

—¿Qué estás pensando?

Me devuelve la mirada y abre los ojos más de lo normal, notándose el gesto forzado.

—Nada, ¿por?

¡Já! A mí no me engaña... Conozco esa cabecita macabra y esa boquita callada la mar de bien.

—Como no me digas lo que estás pensando va a ser peor —me cuelgo un farol—. Conozco maneras de hacer que tu fin de semana sea horrible... espeluznante.

—¿Eso es una amenaza? —Sonríe con un destello malicioso en la mirada.

Me encojo de hombros al tiempo que el timbre de la puerta suena. Seguramente sea Valentina con el niño, otra parte del increíble —nótese el tono de burla— plan de mi hermano.

—Salvados por la campana... —canturreo mientras me dirijo hacia el salón y escucho cómo murmura a mi espalda.

Cuando abro la puerta, Valentina irrumpe en la entrada depositando a mi sobrino en mis brazos y quitándose el abrigo apresurada. Yo la miro con el ceño fruncido algo alucinada con su llegada. ¿Qué mosca le ha picado?

—Tenemos que hablar. ¿Estás sola en casa?

Me giro, siguiéndola hasta el salón con el niño aún en brazos sonriéndome. Le beso la mejilla y le sonrío de vuelta.

—Hola. Buenos días, Valentina. Pasa, no te quedes fuera con el frío que hace —ironizo—. Dame al pequeño, yo lo cojo, así te resultará mucho más fácil quitarte el abrigo y ponerte cómoda.

—Déjate de chorradas —me chista, susurrando—. ¿Está Santi?

—Sí.

—Shh —me riñe, obligándome a bajar el tono con su sonido de reprimenda.

—Sí —repito en voz baja—. ¿Se puede saber qué demonios ocurre? En el cementerio de Montjuïc hay gente con mejor cara que tú.

Ella se sienta derrumbada en el sofá.

—Algo pasa... Rubén está raro.

Pongo los ojos en blanco.

La que está liando mi hermano... Con lo bien que estaríamos todos si no se le hubiese ocurrido semejante mierda de idea.

Flores, coño. Flores... No es tan difícil.

—Me ha insistido mucho en venir tras tu llamada —continúa—, y el caso es que ayer llegó a casa antes de tiempo y le vi esconder algo en el armario del pasillo.

Intento mantener mi cara de póquer, aunque las ganas de inmolarse el regalo de mi hermano contándose todo son enormes. Quizá por eso y por lo mucho que me conoce Santi, decide hacer acto de presencia en este mismo momento. Ha debido escuchar toda la conversación, pues las paredes de esta casa no son demasiado aislantes y se oye todo; ya lo padecimos antiguamente, cuando compartíamos vivienda los cuatro y esto parecía un concierto de gemidos por las noches que ríete tú de Andrea Bocelli.

Aparece por el pasillo y saluda a Valentina, acariciando después la cabecita rubia de Javier que continúa en mis brazos.

—¿Os apetece un café?

—Sí. Gracias, cariño.

—No, yo no. Ya estoy bastante nerviosa.

La miro sintiendo lastima por ella. Pobrecita, siempre tiene mala suerte y, para una vez que le van a regalar algo el día de los enamorados, se va a llevar un chasco impresionante al vernos allí.

—¿Agua entonces?

—Vale, gracias.

Santi coge de mis brazos al enano y se lo lleva con él, hablándole como si el niño fuese un adulto. Me quedo mirándoles hasta que desaparecen y un gemido lastimero me hace volver la cabeza hacia mi mejor amiga, barra cuñada, barra tía pesada que lloriquea en mi sofá.

—Vamos a ver. —Me siento a su lado—. Cuéntame qué pasa por esa cabecita tuya, que conociéndote como te conozco...

Ella me mira con gesto angustiado y resopla.

—Habla.

—¿Crees que tu hermano tiene una aventura?

La miro abriendo mucho los ojos.

—¿Qué dices, Valentina?

—No lo sé —se lamenta—. Es que no es normal su actitud.

—Mi hermano no es normal —aclaro recibiendo una mirada admonitoria por su parte—. ¿Cómo te pones a pensar en eso? ¿Es que acaso has visto o intuido algo más?

—No, creo que no, pero lleva unos cuantos días que no es él... No sé. Ya no sé qué pensar.

En vez de imaginarse que le va a dar una sorpresa o algo por el estilo, ella cree que tiene una amante. Lo poco acostumbrada que la tiene a este tipo de cosas, qué lastimita...

Sin saber cómo salir del atolladero, ya que he prometido que no le iba a decir una palabra a Valentina, le suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—¿Habéis comido gambas?

—¿Eh? —Me mira extrañada.

Menos mal que hoy mismo es la sorpresa, porque está viéndose claramente que no sirvo para guardar un secreto de este tipo a mi mejor amiga.

—Las gambas a veces le sientan mal, se pone como indigesto y le entra una especie de sonambulismo despierto que le impulsa a hacer cosas raras.

—Sonambulismo despierto... —repite incrédula, mirándome alucinada.

No me extraña. No me lo creo ni yo.

—Por cierto, ven. Tengo que enseñarte un vestido que se me ha quedado pequeño y que estoy segura que te sienta de maravilla —improviso.

Intento desviar su atención, trazando un plan para que se quite ese andrajoso atuendo de andar por casa y sustituirlo por algo más mono. Ella me sigue a la vez que continúa con la idea de que Rubén se trae algo entre manos, algo que no debe ser bueno, a juzgar por cómo la mira, según dice.

—A ver, a ver...

—Joder. Qué de ropa tienes.

La miro y encojo los hombros.

—Lo normal. Tampoco recuerdo que tu armario tuviese tres camisetas precisamente.

—Si te digo la verdad, ni me acuerdo —contesta resignada—. Desde que tuve a Javier no tengo demasiado tiempo para arreglarme o fijarme en mi aspecto.

—No hace falta que me lo jures.

Me lanza una de mis zapatillas que están junto a la cama, donde se ha sentado.

—Bruja.

—Andrajosa.

—Entonces... —vuelve a la carga, mientras rebusco entre las perchas algún modelito que le pueda sentar bien y no sea demasiado formal—... ¿Crees que lo de Rubén no es nada?

—Estoy segura. Lo de su neurogilipollez viene de serie, no sé de qué te extrañas a estas alturas de la película.

—¡Rebeca, joder! Te estoy hablando en serio.

—Y yo. Pruébate. —Le tiendo una percha con un vestido de punto en color hueso, de cuello vuelto y una cenefa en forma de trenza en el centro. Rebusco hasta dar con unas medias gruesas y la miro—. Espero que te hayas puesto sujetador debajo de esa especie de sudadera de marsupial que llevas puesta, porque dudo que los míos te sirvan.

Ella observa mi pecho, comparando, y se encoge de hombros.

—Es un abrigo de porteo —aclara, desabrochándose y dejándolo sobre la cama.

—Lo que tú digas.

—En serio, es bastante cómodo y tiene muchos usos.

—Sí, seguro que para encender los troncos de la chimenea va genial.

Ella me mira mordiéndose el labio inferior resignada, negando con la cabeza, a la vez que sigue desvestiéndose y se queda ropa interior, agarrando el vestido para ponérselo.

Rebusco entre mis zapatos hasta dar con los botines tobilleros que ya le he prestado alguna que otra vez, cuando una disculpa masculina irrumpe en el silencio del dormitorio.

—Lo siento.

La voz de Santi la hace dar un brinco.

Me giro conteniendo la risa por sus prisas, afanándose en bajar la prenda cuando aún no la tiene del todo introducida por la cabeza en un torpe intento por taparse en una postura de lo más absurda. Mi marido está de espaldas en la puerta, dispuesto a irse por donde mismo ha venido, tras dejar a nuestro sobrino en el suelo.

—No os preocupéis —les contesto divertida por el azoramiento de los dos.

Me acerco hasta él que se mantiene quieto sin girarse y salgo al pasillo, dejando que el niño entre a la estancia con su madre. Entorno la puerta y acaricio la espalda de Santi, instándolo a que se voltee.

—Uhm. Qué bien huele —susurro contra su nuca, besándosela.

—Es el café.

—El de tu piel, sí. —Le miro encendida—. Ahora ya puedes tachar una cosa más de tu lista.

—¿Qué lista?

—La que me imagino que tienes.

—¿Y qué se supone que tengo que tachar? —pregunta en un murmullo demasiado sexy para mi escasa cordura.

—Ver a la mujer de tu amigo en bolas.

—No estaba desnuda —me corrige—. Y ya la he visto así antes.

Y creyéndome el lobo, me convierto en oveja.

—Estás de broma.

—Y tú celosa.

—No tiene ni puñetera gracia, moreno. —Pongo los ojos en blanco cuando él me agarra de la cintura—. Y espero que ese bulto tan duro no sea por ver a tu cuñada en ropa interior premamá, porque me pego un tiro.

Él contiene la risa pero se le escapa un poco por las comisuras de los labios.

—Si aún tienes dudas es que algo no estoy haciendo bien.

—No pongas esa voz.

—¿Qué voz?

—Esa. No ahora. No con una madre sobre hormonada y paranoica en nuestro dormitorio acompañada de su hijo al que aún ve como a un tierno recién nacido. —Santi besa la comisura de mi labio, pegándose más a mí—. En serio. Para.



—¿Segura?

—Sí. No. —Rota la caderas a la vez que me agarra del culo, besando mi cuello.

Mi gemido se ve interrumpido por la vocecita de mi sobrino a nuestro lado. Doy un respingo y carraspeo, aclarándome la voz y retomando el control.

—¿Qué pasa, peque? —Me agacho hasta quedar a su altura, sintiendo la presencia de mi marido a mi espalda—. ¿Quieres una golosina?

—¡Nada de chucherías! —vocifera Valentina desde dentro de mi cuarto.

—Ven —le susurro conspiradora cuando el niño asiente fervientemente—. El tito Santi se va a quedar por aquí para entretener a mami mientras yo te abro el tarro de los dulces, ¿vale?

Su cabecita rubia asiente y su cara, tan parecida a la de mi hermano cuando era pequeño, se ilumina.

—Tito Santi, pórtate bien y entretén a la leona, ¿vale?

Él asiente un par de veces conteniendo la sonrisa malévola dirigida hacia mí, dejándome clara su opinión sobre dejarlo en ese estado y lo que me espera cuando estemos solos... Y admito que, andando por el pasillo con el niño de la mano, se me contrae la entrepierna de anticipación.

—Tienes a tu mujer creyendo que escondes una jodida aventura con otra, que lo sepas.

—¿Cómo?

—Comiendo. —Le doy una colleja a mi hermano y continúo con la voz baja, agarrando la puerta de casa y controlando que Santi y ella no salgan de la cocina—. ¿No se te podía haber ocurrido otra cosita?

—Seguro que le gusta.

—Ya —respondo nada convencida—. ¿Cómo continúa el plan, Maquiavelo? —me cachondeo.

Él me mira distraído y susurra el resto de los pasos que hemos de dar super orgulloso de haberlo orquestado todo él.

—Ya está todo preparado. Ahora solo tenéis que quedaros con Javier un rato para que pueda poner en marcha el resto —suelta, con una cara que me hace no querer pensar en qué estará pensando él a su vez; algo guarro, seguro—. Le dejé ayer la silla del niño a Santi y he visto que la tiene colocada en vuestro coche, así que solo tenéis que esperar una hora y hacer tiempo dentro para cuando salga con Valentina.

—¿Vamos todos en el coche de Santi?

Niega con la cabeza y lloriqueo mentalmente. Me va a tocar entretener a mi sobrino todo el trayecto hasta nuestro destino, y no me puedo escaquear porque no conduzco. Qué bien. Qué ilusión. Adiós a hacer manitas con Santi en el trayecto, hola Cantajuegos.

—A todo esto. ¿Dónde es la casa?

—Sorpresa —murmura, pasándome la bolsa de viaje infantil.

Le vuelvo a dar otra colleja al tiempo que llamo a Valentina, que se asoma con su hijo en brazos berreando. Irremediablemente pienso en lo cómoda que es la vida de ser tita. Puedes maleducar a los niños de otros y, cuando se ponen demasiado intensos, se los devuelves a sus padres.

Mi hermano habla con ella cuando consigue soltarse del agarre del niño tras un par de palabras claves. Le cuenta una trola y terminan marchándose, no sin antes cantarme una serie de recomendaciones que estoy segura de que no voy a cumplir a rajatabla.

Javier tira de mi pantalón y suspiro, componiendo mi sonrisa más dulce y cargándolo en peso.

—Veamos, peque. Mamá quiere que te demos tu fruta de media mañana y hagas la siesta... Pero, ¿qué te parece si vemos un rato la tele y comemos unos cuantos gusanitos?

—¡¡Asanitos!! —chilla el pequeño con su media lengua haciéndome reír.

—Te queda tan bien...

Me giro conteniendo los movimientos estrambóticos que hace mi sobrino sobre mí tras el anuncio prometedor que le he hecho y observo a Santi, que nos mira desde el quicio de la puerta de la cocina.

—Ni hablar.

Él se limita a reírse.

—No me mires así. Es un no.

—¿Y qué hay del equipo de fútbol?

—Sigue soñando.

—En mis sueños estás rodeada de cabecitas morenas y pelirrojas de pelo rizado y manos sucias —contesta sin perder la sonrisa lobuna.

—Señor, perdónalo —hablo al techo del salón—. No tengas en cuenta la maldita mente procreadora de este hombre, que no se conforma con practicar y quiere tenerme desde hace meses con un bombo que me impedirá verme el alfajor.

Su carcajada inunda el salón.

—No te rías. Te hablo en serio, esperaremos algo más. No quiero acabar tan neurótica como aquí la progenitora del pequeño diablillo come gusanitos.

—¡¡Asanitos!!¡¡Asanitos!! —vuelve a chillar, impacientándose.

A los pocos minutos dejo al pequeño en el sofá, algo más tranquilo tras haber conseguido su alijo privado, y con Pocoyó acaparando la enorme televisión de nuestro salón.

Santi deja el mando sobre la repisa y se gira, echándome un vistazo.

—Quiero pedirte algo.

—Si tiene que ver con verme dentro de nueve meses chillando, dilatando y con ganas de matarte, mi respuesta sigue siendo no.

—No es eso. —Llega hasta mí y me abraza por la espalda—. Me gustaría que celebrásemos nuestro propio día de los enamorados cuando volvamos.

—¿En qué consistirá la celebración? —le pregunto mimosa, echando la cabeza hacia atrás, apoyándola en su hombro a la vez que su erección responde clavándose en mi trasero.

—Tú, desnuda en la cama, dejando que te recorra con la lengua y haga con tu cuerpo lo que se me antoje. De delante hacia atrás. De arriba hacia abajo.

—Uhm... —gimo en respuesta a sus palabras susurradas en mi oído.

—¿Me dejarás?

—San Valentín está sobrevalorado.

—¿Eso crees? —me pregunta mordiendo un lugar muy sensible de mi cuello.

—Sin duda. Está claro que prefiero celebrar San Calentín contigo.

Recibo una ronca carcajada en respuesta.

Sin el menor atisbo de dudas este va a ser el fin de semana más largo de la historia, teniendo que cuidar de mi inquieto sobrino pensando nada más en lo que me espera al regresar a casa.

Señor, dame fuerzas.

## VALENTINA

Mi instinto me estaba jugado una mala pasada.

Tras la actuación extraña y huidiza de Rubén durante esta mañana, me ha traído a casa con una mala excusa que ha disparado todas las alarmas de mi cerebro, las que aún no lo estaban ya, claro.

Estoy intentando armarme de paciencia y desechar los malos pensamientos en los que lo visualizo poniéndome una bonita cornucopia con alguna mujer sin rostro determinado, porque él nunca me ha dado muestras ni motivos para pensar nada semejante.

¿Qué me está ocurriendo entonces? ¿Es que acaso dudo de lo que tenemos y por eso estoy celosa? No, no es así, aunque admito que nuestra relación ha mutado desde que trajimos al mundo a nuestro hijo.

¿Realmente había querido convertirme en madre? Sinceramente, no puedo responder a esa pregunta, pues antes de poder planteármela ya nos habíamos llevado la sorpresa de mi embarazo. Y es que, aunque Javier me ha regalado con su llegada al mundo un sentido totalmente diferente de la palabra amar, ya no es lo mismo.

Ni mejor ni peor, diferente.

Hay mujeres que están hechas para ser madres desde que nacen, que tienen ese instinto híper desarrollado y se les nota. Rebeca, por ejemplo. Aunque aún se resiste a compartir a su marido con alguien más, yo sé que está deseando tenerlos. Se le cae la baba cada vez que Santi juega y coge a mi hijo, y ya ni hablamos de lo madraza que la veo cuando, incluso dándole caprichos, siempre consigue inculcarle algún valor positivo al pequeño. Algunas veces hasta envidia esa capacidad que a mí me cuesta dejar salir. Por lo tanto, habría que ser ciego para no darse cuenta de que esos dos no tardarán en darnos la gran noticia.

Pero... ¿qué hay de mí?

Nunca antes había tenido que parar a preguntarme si quería ser madre, más bien al contrario. Antes de conocer a Enrique, mi ex marido, imaginaba que pasado un tiempo me lo plantearía (no tanto como una necesidad sino como una imposición moral o con la sociedad), pero cuando me casé, sabiendo que él no podría tenerlos —biológicamente hablando—, ni siquiera me importó y no me planteé buscar otras formas de conseguirlos.

Y aunque no cambiaría a mi pequeño por nada del mundo, echo de menos cosas.

Cosas que rivalizan con dar rienda suelta a nuestra pasión por cada rincón de la casa, tener que decir adiós a hacer planes improvisados de pareja, y dar una hostil bienvenida por mi parte a esas obligaciones y responsabilidades que esta mente maternal, previamente programada de serie, gestiona casi sin percatarme de ello.

Y ese sentimiento de pérdida me hace sentir culpable. Y la culpabilidad me hace volcarme aún más en mi labor materna. Todo es un círculo vicioso, pero no dejo de lado que, sí, soy madre, pero también quiero seguir siendo mujer, sentirme deseable a mis propios ojos y no oler a colonia de baño infantil a todas horas.

Joder, es todo demasiado enrevesado, ¿verdad?

Sé que puedo ser todas las cosas que quiera, soy consciente del poder que mi cuerpo tiene aún sobre Rubén, pero algo dentro de mí me impide soltarme como antes. No es culpa suya, es mía, de mi mente... y eso me provoca un agobio considerable que no he comentado con nadie y que me estoy comiendo yo solita, procurando que no me termine devorando él a mí.

Pero mi pareja, ese rubio descarado con una sonrisa algo pícara y de mirada limpia de un azul precioso, me conoce muy bien; quizá mejor de lo que yo he creído siempre.

—No era necesario dejarlo allí —rebato a su explicación—. ¿Qué les has dicho a ellos?

—¿Crees que les ha hecho falta que les detalle los motivos?

Levanto una ceja, mirándolo mientras él avanzaba hacia el dormitorio conmigo de la mano. Él no se ha percatado de mi gesto, así que repaso sus palabras de hace unos minutos.

Había excusado su comportamiento diciéndome que necesitaba estar conmigo a solas durante un rato, pues había un tema que teníamos que tratar. A todas luces el tema debe de ser entre poca ropa y mucha piel, porque me está llevando al dormitorio. Y aunque mi entrepierna se encoge de anticipación, mi mente me reprende por la irresponsabilidad de cargar a otro con el cuidado de mi hijo para tener sexo.

—No creo que sea buena idea, Rubén.

Él se gira hacia mí algo más serio de lo que esperaba, justo antes de entrar en la habitación. Sus ojos fijos en los míos dicen más que lo que sus labios callan.

—Valentina, ven aquí. —Envuelve mi cintura con sus brazos y echa parte de su espalda hacia atrás para encorvarse y mirarme—. Necesito que hagas algo por mí, ¿de acuerdo?

Asiento, confiada.

Él lleva una de sus manos a mi cara y acaricia mi mejilla, llevándose con el movimiento un mechón de mi pelo para pasarlo por mi oreja.

Me sonrío y eso me alivia un poco.

—Prométeme que lo harás —exige.

—¿De qué se trata?

—Promételo.

Su gesto serio me hace asentir de nuevo.

—Quiero que dejes que los próximos días sea yo quien me haga cargo de todo. Tú solo tienes que dejarte llevar y disfrutar.

—¿A qué te refieres? —pregunto dudosa.

¿Habla de la casa, de Javier, del trabajo..?

—A que te olvides del resto del mundo y pienses solo en ti.

Pensar solo en mí.

Demasiado tentador. Tremenda utopía.

—No puedo hacer eso —me quejo.

—Sí. Sí que puedes y me has prometido que lo harás —añade con un brillo travieso en los ojos—. No lo olvides.

Quiero responder y rebatirle, pero lleva razón, yo misma me he comprometido sin saber qué era lo que iba a pedirme, ahora no puedo echarme atrás.

Él parece leer mi desazón, porque —repito— me conoce mejor que yo misma.

—Valentina, eres una madre estupenda. Sé que te cuesta verte así pero, créeme, lo eres —comienza vehemente—. Te desvives por Javier, siempre tienes las palabras perfectas para consolarlo y llevas adelante la casa, los temas de la guardería y tu trabajo, que no es poco.

—No lo hago sola, tú me ayudas.

—Lo sé. —Sonríe—. Pero tú cargas con más peso que yo. Por suerte o por desgracia mi trabajo me retiene fuera de casa más tiempo que a ti el tuyo y eso hace que solo pueda echarte una mano, pero esto, —Nos señala a nosotros y termina abarcando la casa entera en su gesto—, funciona por ti.

Me muerdo el labio superior, algo sensible a sus palabras.

Ese es otro tema que me tiene un poco de los nervios, la revolución hormonal que lo mismo me hace dar un graznido enfadada, que me convierte en una plañidera. No paro de preguntarme cuándo pasarán estos molestos síntomas de la maternidad cuando él ya está pensando en volver a repetirlo con otro bebé.

No, no estamos en la misma onda.

Y no, no he sido capaz de hacerme el test de embarazo esta mañana. Me he dado de margen este fin de semana y si el lunes no ha cambiado la situación, entonces lo afrontaré como la mujer madura que debo ser. Cuando se lo he dicho a Rubén le ha parecido bien, respetando mi decisión.

¿Puedo tener más suerte con él?

—Te quiero.

Él me observa, atento al cambio en mi expresión.

—¿Eso quiere decir que me vas a dejar a mí y tú solo vas a disfrutar?

Afirmo con la cabeza y el sonrío triunfante, devolviéndole la sonrisa a mi vez.

—Espero no arrepentirme —contesto divertida por su alegría casi infantil.

Aceptar su petición es lo menos que puedo hacer después de todo lo que me aguanta. Debe tener una parcela considerable de tierra en el más allá aguardando su llegada, porque se la merece sin duda.

—Nena, te aseguro que no lo vas a lamentar.

Su mirada encendida prende mi interior y mando al fondo del cerebro todas las tensiones, miedos y decisiones que puedan rondar por mi mente, dejando que la presencia del cuerpo de Rubén acapare todos mis sentidos.

Cuando su olor, que curiosamente antes no me permitía apreciar, impacta contra mis fosas nasales al abrazarme a él, a la vez que me alza recorriendo conmigo en brazos los pocos metros que faltan para llegar al dormitorio, mi antigua amiga Zorrentina me saluda con un guiño y una caída de ojos.

—Volvemos a encontrarnos —musito, aunque Rubén, ajeno a la conversación que mantengo con mi amiga sexual imaginaria, supone que es hacia él.

—Y te tenía muchas ganas...

Me deposita en el suelo a los pies de la cama y se sienta en ella, atrayéndome por las caderas a la vez que apoya su cabeza de pelo rubio atractivamente enmarañado en mi vientre. Llevo mis manos hasta sus mechones y cuelo los dedos entre ellos. Agarrándolos un poco más fuerte, alzo su cabeza cuando siento que sus manos amasan mis muslos y suben sin darme tregua hacia el centro.

—¿Puedo pedirte algo?

—Por supuesto —contesta enronquecido.

—Hazme gritar.

El impacto de su sonrisa descarada y prometedora viaja directamente hasta mi clítoris, enviando una pulsación de anticipación que me hace gemir.

Un par de horas después me encuentro montada en el coche con una venda que tapa mis ojos, impidiéndome apreciar por dónde vamos. Reconozco que al principio estaba atenta a cada giro, curva y resalte, pero la verdad es que hace demasiado rato que me perdí y no tengo ni la menor idea de dónde nos encontramos.

El teléfono de Rubén suena y contesta escueto con un par de monosílabos.

—¿Falta mucho? —pregunto ofuscada.

Su sonrisa sonora me enfurece un poco.

Sé que le prometí dejarme llevar, pero me estoy poniendo de los nervios.

—Define «mucho».

—Rubén, no me toques las narices, hazme el favor —respondo hostil.

—Puedes echarte una cabezadita si quieres.

Bufo exasperada.

Vale, confieso que estoy cansada y que una molestia en diferentes partes de mi anatomía me recuerda lo que ha ocurrido hace un rato y anoche entre él y yo. Hacía tiempo que no me sentía así, con la garganta resentida y las piernas fatigadas, pero mis sentidos se han reactivado relegando el cansancio a un segundo plano cuando me ha tapado los ojos y me ha metido en el vehículo.

Con esta expectación a ver quién es la guapa que se duerme, porque yo no.

—Rubén —cambio el tono de voz por uno preocupado sin poder evitarlo—. No me gustaría estar todo el día fuera y que tu hermana y Santi tengan que hacerse cargo de Javier. Lo mismo tenían planes y se los hemos estropeado.

—Cuando te pedí que no te preocupases por nada, Valentina, me refería a cosas como esta —me contesta tierno—. Por una vez hazme caso, está todo controlado.

—Está bien.

Mi respuesta no muy convencida es lo último que resuena en el habitáculo durante un buen rato. La música a un volumen extremadamente bajo atenúa el silencio, acompañándonos a donde quiera que nos estemos dirigiendo.

Y con la incertidumbre de no saber qué me espera al otro lado del coche cuando este estacione, agradezco que Rebeca me haya dejado algo un poco más arreglado que ponerme. Tengo que admitir que, a veces, no me miro ni en el espejo antes de salir de casa.

—¿Preparada?

Ensimismada en mis pensamientos he pasado por alto que el coche ya no ronronea ni se desplaza. Hemos llegado. Pero, ¿a dónde?

—No lo sé. ¿Debo estarlo?

Él se ríe pero no contesta. Escucho su puerta cerrarse y unos segundos de silencio en soledad preceden su siguiente movimiento, en el que me abre la puerta y me agarra de la mano, ayudándome a salir.

—Rubén, me da vergüenza andar así por la calle.

—No te preocupes —me apacigua divertido—. No hay nadie que pueda verte.

Aún con sus palabras, mi estado de nervios se prolonga mientras me dirige, avisándome de algún cambio en el pavimento o un par de escalones que me cuesta sortear sin miedo a caerme.

—Espera un momento aquí.

—¿Sola? —me alarmo a la vez que él ya me ha soltado y, sin verlo, noto su presencia alejarse—. Joder...

Minutos después, tentada a quitarme la venda de los ojos, llevo mis manos hacia la tela, pero unas manos algo frías me lo impiden.

—¿Rubén?

Mi pregunta no obtiene respuesta y, cuando la persona desconocida que ha guiado de nuevo mis brazos hacia abajo, me suelta, alargo los dedos y, a la altura de lo que palpo como un torso masculino, me agarro.

Mi acompañante se mantiene quieto a excepción del movimiento de su respiración pausada, pero no reconozco su atuendo como lo que llevaba puesto mi perverso novio antes de negarme un sentido tan importante como la visión.

Me entretengo en tocar un poco su pecho pero cuando mi mano sube por su cuello, buscando dar con su rostro para intentar averiguar quién es, su voz baja pero firme me sobresalta.

—Quieta, Valentina.

—¿Santi?

¿Qué demonios hace él aquí? Entendiéndose por «aquí» como el lugar donde quiera que sea que nos encontramos.

—Quieta —repite en un rumor robusto, escueto e inmutable.

Joder, ahora entiendo a Rebeca cuando me habla de esa voz a la que no puede resistirse. Me avergüenza reconocerlo, pero un escalofrío me ha recorrido la espina dorsal y he tenido que contener un quejido que habría resultado algo bochornoso.

Sin duda los nervios me están jugando una mala pasada, porque de otro modo no hubiese sido posible.

—¿Lista? —consulta la voz divertida de mi pareja, que ha debido de volver a nuestro lado.

—Imagino que sí.

Retoma sus pasos y conduce mi cuerpo hasta sentir que entramos en alguna estancia. Olfateo a mi alrededor, curioseando, y un olor agradable a hogar y leña invade mi nariz. Escucho movimiento de objetos en la habitación hasta que lo siento frente a mí.

Sus manos trabajan en el nudo de la venda que cubre mis ojos y me preparo para recobrar la visión.

—Espero que te guste la sorpresa.

Parpadeo un par de veces y observo el lugar en el que nos encontramos. Claramente se trata del salón de una cabaña con una decoración que oscila entre lo moderno y lo rústico, pero que resulta sumamente acogedora. Una gran chimenea preside la pared central y en torno a ella, un sofá enorme que dibuja un semicírculo invita a sentarse y contemplar las llamas.

Sobre la mesa de madera frente al sofá hay unas cuantas velas de diferentes alturas encendidas y en las paredes un par de cuadros de atardeceres.

—¿Y esto? —pregunto un poco asombrada.

—Feliz Santo y feliz día de los enamorados, Valentina. ¿Te lo esperabas?

¿Lo hacía? No, realmente no. Ya daba por hecho que, de nuevo, celebraríamos el día como cualquier otro, sin grandes aspavientos... Y reconozco que el aleteo que siento en el estómago es bastante agradable.

—No tenías por qué, Rubén, pero muchas gracias por el detalle. —Me acerco hasta él y le abrazo, besando su pecho.

Acto seguido recuerdo el tacto de otro tórax masculino y una voz que ya es inconfundible para mí.

—¿Qué hacía Santi ahí fuera?

—Ven, quiero enseñarte la casa y ahora te lo explico.

Me coge de la mano tras darme un beso en el pelo y me dejo llevar. Paseamos agarrados por las diferentes estancias, recorriendo los pocos metros de los que dispone pero que se encuentran sumamente aprovechados. En una de las esquinas del salón se encuentra un arco que permite el paso a la compacta y equipada cocina, un coqueto aseo con acceso cerca de la entrada, una habitación muy luminosa con dos camas individuales frente a la puerta, separadas por una pequeña mesilla y lo que a todas luces es una tercera cama, en alto, sobre estas dos y pegada a la pared, como una especie de litera moderna y bastante útil.

El dormitorio principal cuenta con un baño privado con bañera de patas que me ha enamorado, y la amplia cama que preside la habitación, de sábanas blancas inmaculadas, me llaman como un canto de sirena.

—Quería organizar algo especial este fin de semana. Te mereces mucho más que esto, pero creo que es un buen comienzo, ¿no?

Se encoge de hombros y juraría que un destello avergonzado asoma por su gesto.

—Es genial y más que suficiente —le contesto sonriente.

—En cuanto al resto. Creí que lo mejor sería tener a Javier cerca, imaginé que no iba a ser fácil para ti intentar disfrutar y desconectar, teniendo siempre al peque presente y sin saber cómo se encontraba.

Me conoce bien.

Amplió mi sonrisa, anticipándome a sus palabras, pues ya me puedo hacer una idea de lo que va a decir.

—Así que le pedí a Rebeca y Santi que se hiciesen cargo de él, pero aquí, donde puedas verlo cuando te apetezca. —Me guiña un ojo—. Y siempre que no te tenga retenida entre mis labios y mi cuerpo.

—Es perfecto —musito emocionada.

—¿De verdad lo crees?

—De verdad —ratifico—. Dame un beso, por favor.

Él cruza los escasos tres pasos que nos separan y tomo la iniciativa, invadiendo su boca y encaramándome a su cuerpo. Sus varoniles manos abarcan mi trasero, apretándolo entre ellas. Acto seguido, y a la vez que nuestras lenguas siguen librando una batalla en la boca del otro, deslizo las palmas por mis muslos y me toma en torno a él, envolviendo con mis piernas sus caderas y quedándome colgada de su cuerpo, sintiendo su erección en mi entrepierna expuesta tras la adherida tela de la media, al haberseme subido el vestido.

Rubén nos lleva hasta un diván que hay en una pared, donde toma asiento y me recoloca sin despegar los labios, sentada a horcajadas encima de su cuerpo. Advierto el recorrido de sus dedos por mi piel bajo el vestido.

—Ejem, ejem —carraspea una voz femenina que reconozco al momento.

Proviene de la entrada de la habitación pero mi chico no permite que me aparte de él ni suelta mis labios, por lo que me veo apetitosamente obligada a ignorarla.

—Tortolitos, siento interrumpir... Bien sabe el cosmos que esta imagen me costará borrarla de mis retinas y me atormentará por las noches, pero aquí la *supernanny* tiene algo de hambre y mi marido se está meando.

—Rebeca...

La voz del aludido en alguna parte de la casa me provoca una pequeña risita y despego mi boca de la de Rubén a duras penas. No corre la misma suerte mi cuerpo, el cual se niega a dejar ir.

—¿Y el niño?

—Tranquila, mamá osa. Está aquí en el salón.

—¿Todo bien? —pregunta Rubén.

—Perfecto. Se ha quedado dormido en la séptima canción de los Cantajuegos. Es un niño listo, sabía que un par de minutos más soportando esa tortura y me hubiese ahorcado con la ventanilla.

Me río y me deshago del abrazo de mi chico, escuchando la protesta que emite por ello.

—¿Qué te parece el regalito de aquí el iluminado? —me pregunta ella con evidente pitorreo.

—Es perfecto.

Rebeca me mira incrédula y, ante mi gesto de felicidad, pone los ojos en blanco.

—No, si es que sois tal para cual, no sé por qué me asombro. —Encamina sus pasos hacia fuera del dormitorio y continúa relatando a voces, para que Santi la escuche desde el baño—. A mí las sorpresas que no incluyan a otras parejas que me toquen el violín.

—No era esa mi idea. No quisiera que le tocases el violín a Valentina, no. De eso ya me encargo yo, rojita —rebate mi chico.

—Qué cerdo eres.

—Y tú qué tocapelotas.

—Las de mi marido, sí.

—Faltaría más.

—¿Podéis parar? —les pido exasperada—. Parecéis dos niños pequeños.

—Ha empezado él —contesta Rebeca modulando una voz infantil—. Bueno, a ver, ¿quién quiere un buen copazo?

Miro el reloj.

—¿Alcohol a las doce de la mañana?

—Y tarde vamos... Para aguantaros todo el fin de semana foll... —se corrige—, dándole trabajo a los órganos genitales necesito darme a la bebida. Santi ha prometido hacerse cargo de nosotros dos, ¿verdad, pequeñín? —termina preguntando a mi hijo, que acaba de abrir sus ojitos y dedica una sonrisa franca a la loca de su tía—. Si es que tú y yo nos entendemos a la perfección.

Después de terminar de instalarnos y preparar algo rápido de comer con las cosas que han traído en el coche, nos quedamos sentados en la cómoda terraza a charlar un poco en la sobremesa. Javier me busca con su boquita llena de tomate y me levanto para ir al salón y darle el pecho, pero Rubén me pide que me quede.

—Por mí no hay problema, no sería la primera vez —contesta Santi.

—Está bien.

Me vuelvo a sentar y, tras colocar al niño, retomamos la conversación. Unos minutos después la voz de Rebeca a mi lado me hace girar la cabeza en su dirección, mientras ellos continúan hablando.



—¿Te ha gustado?

—Sí —repito—. Ya te dije antes que me ha parecido una sorpresa maravillosa.

—No me refiero a eso.

—¿Entonces?

—A sobar a mi marido a base de bien escudándote en que tenías puesta una venda en los ojos. A mí no me engaña esa carita de niña buena —aclara, alzando una ceja en un gesto algo cómico—, porque te ha faltado pasarle la lengua por la mejilla para saborearlo, guapita.

—¡¿Qué dices?!— me río.

—Lo que escuchas. Y no me vengas con excusas, que estaba en el coche mirando toda la escena.

—¿Estás celosa?

—No seas idiota.

—No lo seas tú —rebato divertida—. ¿De verdad crees que he sobado a Santi?

—¿Creerlo? No. Estoy segura, si hasta lo has olido.

Contengo la carcajada.

—Huele bien.

—No seas zorra.

—¡Rebeca! —Hago un gesto con la mano libre tapándole a mi hijo la orejita—. Que hay menores delante.

—Pues que se entere ya de que su madre es una guarrona que va tocando a su tío a la mínima de cambio. Apuesto a que te has puesto hasta tierna.

Su gesto tras la broma se enfría un poco cuando me observa.

—¿Te has puesto cachonda con mi marido? —exclama un poco más alto.

—¡No chilles! —riño.

—Habla, bellaca.

Mantengo la expectación y aclaro un par de veces mi garganta, exasperándola.

—Está bien, está bien. Admito que antes de saber que era él, mientras lo tocaba...

—Me estás poniendo de los nervios, pequeña pecadora incestuosa.

Me río de nuevo y me cercioro de que los chicos continúan entretenidos en su charla. Me acerco hasta ella y murmuro.

—Que Santi está bueno no es un secreto de estado, Rebeca. Tu marido está de muy buen ver... y tocar.

—Putón.

—...Pero lo que me ha matado ha sido escucharlo.

Ella rebufa y lo observa conspiradora.

—La voz.

—La voz —corroboro.

—Pues bienvenida a mi vida. Espero que ahora entiendas por qué me paso el día recargándome las pilas. Somos la puñetera reencarnación de los conejos de Duracell, con esa voz no hay quien pueda.

Nos terminamos riendo y la charla concluye cuando Javier se queda dormido y decidimos llevarlo dentro y descansar un poco todos, aunque tras besarle la cabecita a mi pequeño, dejándolo al cuidado de sus tíos en el salón, mientras ellos ponen algo en la tele, reconozco que de lo que menos ganas tengo ahora mismo es de dormir.

Y al entrar en el dormitorio, una sonrisa conspiradora se instala en mi boca al recordar la bañera blanca de patas doradas en la que se me ocurren infinidad de cosas que hacer con Rubén.

Sí, sin duda ha sido un gran gran regalo.

—Me alegro que estés tan contenta, mi amor... Pero ven, que quiero probar una cosa antes de nada.

—¿El qué?

—Quiero ver si conmigo también te pones tierna al escucharme...

Me sonríe malicioso y yo me encojo de hombros culpable.  
Ups.

## SANTI

Abro los ojos cuando noto movimiento en mi cama individual ubicada en las alturas.

Es la segunda noche y Rebeca sigue abajo con Javier. Así lo decidimos después de unir las dos camas la pasada tarde y utilizar la pared por un lado y su cuerpo por el otro como barrera para que el niño no se caiga.

Ni que decir tiene que ayer noche me costó horrores conciliar el sueño, pues ya me he acostumbrado a dormir a su lado, en nuestro colchón y a unos cuantos centímetros menos del suelo, pues la cama que me ha tocado apenas me da margen para girarme y se alza en altura hasta que apenas quedan unos cincuenta centímetros del techo.

Debo admitir que estuve algo torpe cuando Rubén me pidió el favor de venirnos con ellos. Tendría que haber alquilado otra cabaña al lado y, aunque nos quedásemos con Javier, estaríamos algo más cómodos en una cama de matrimonio y no en este dormitorio que tiene más estilo de campamento que de otra cosa.

Menos mal que la promesa de mañana, cuando volvamos a casa, me hace contener una sonrisa de anticipación.

—¿Qué pasa? —le pregunto a mi mujer con la voz susurrante para no despertar al pequeño.

—No puedo dormir —murmura a la vez que la siento subir por la diminuta escalera—. ¡Auch! —se queja tras escuchar un golpe seco en el techo—. Menuda hostia. Si no me he abierto la cabeza ha sido de milagro.

Aprieto los labios sonriendo.

—Ten cuidado.

—A buenas horas —protesta—. Hazme hueco.

Me muevo contra la pared y me pongo de lado, concediéndole unos escasos centímetros para que se tumbe en la misma postura frente a mí.

—Hola.

—Hola —resopla, apartándose el pelo de la cara cuando se termina de tapar con el edredón—. Qué claustrofobia aquí arriba, ¿no?

Me encojo de un hombro y acaricio su perfil.

—Menudo fin de semana más romántico, ¿verdad?

Rebeca sonríe y le quita importancia componiendo una mueca.

—Ya te dije que San Valentín está sobrevalorado. Para quererte no me hace falta que nadie me diga el día o la hora.

Me estremezco cuando me busca con los dedos de los pies fríos como témpanos de hielo.

—Estás helada.

—Sí. Muy idílico eso de venirse a una cabaña en la montaña en pleno febrero... Siento que si me doy un golpe en el dedo pequeño se me rompe como una salchicha congelada.

—Ven.

La atraigo hacia mí con la mano y ella se acurruca, introduciendo las suyas dentro de la parte superior de mi pijama. Noto la piel erizárseme con el contacto y a la vez el calor de su aliento en el hueco bajo mi cuello.

Pasamos así unos minutos, sin hablar, únicamente entrando en calor y disfrutando del momento. Cuando su temperatura parece haberse normalizado algo más, saca la cabeza de su escondite entre mi pecho y la manta, y me besa. Lo que al inicio parece un beso casto se convierte en pocos segundos en algo más lascivo. Rebeca me saca el chaleco por mi cabeza. La ayudo y vuelvo a cubrir sus labios con los míos. Ella contiene un gemido a duras penas que me endurece sin poder ni querer remediarlo.

Debido a lo cercano en nuestra postura debe notarlo y, cuando su mano desciende, colándose por la cinturilla de mis pantalones de pijama, se encuentra con mi miembro más que dispuesto.

—Uhm. Ya te echaba de menos —le habla.

—Rebeca, no empieces algo que no vas a poder acabar —imploro susurrando.

—¿Y quién ha dicho que no puedo?

Su ceja alzada y su mirada audaz me dejan claro que no va a conformarse con un par de roces más. Sus dedos se curvan alrededor de mi erección e inicia el movimiento con su mano arriba y abajo, lenta pero decididamente.

—¿No te apetece? —consulta juguetona.

—¿Te parece que no me apetezca?

Contiene la sonrisa y gruño contenido cuando comienza a reptar por la cama, metiéndose bajo la manta.

Me va a matar.

—Rebeca, por lo que más quieras...

Ella hace oídos sordos y baja mis pantalones con dificultad. Un roce húmedo en mi glándula me contrae los testículos y gimo, cerrando los ojos y dejándome hacer. Su boca succiona y lame mi tallo, recreándose en los movimientos, como si no tuviese ninguna prisa. Su tortura no es más que la manera en que tiene de pagarme esas veces en las que yo actúo de la misma manera, prolongándole su placer.

Levanto la manta y la observo entregada a la tarea como si de una niña pequeña se tratase, comiéndose su helado favorito.

Joder. Necesito correrme en esos labios.

—¿Te diviertes? —Su mirada me contesta positivamente y la miro desafiante—. ¿Sabes que no vas a salir de ahí hasta que no hagas que me corra, verdad?

—Ajá —musita, sacando la lengua y paseándola por mis testículos.

—Eres...

—Adorable.

—Sí. Adorablemente indócil.

Me guiña un ojo a la vez que me vuelve a meter en su boca y se desliza por mi longitud sin dejar de mirarme, muy muy lentamente.

—Chupa.

Me ignora.

—Más rápido.

Sigue desoyendo mis palabras, sabiendo que está jugando con fuego.

—Rebeca, deja de jugar ya.

Desdeña mi advertencia con su gesto, mordiendo la punta y haciéndome sisear.

—¿O qué?

Me río con calma una sola vez, amenazante.

—O cuando regresemos a casa te voy a atar a cualquier superficie, te voy a atormentar durante horas con mi lengua, con mis dedos, con tu consolador... y cuando creas que no puedes más, cuando estés chorreando y te duela incluso, pensando que terminarás corriéndote con un solo roce de mi aliento, te dejaré así hasta que se me olviden las ganas que tengo de clavarme hasta tu garganta ahora mismo.

Saca de su boca mi glándula generando un chasquido húmedo y me mira alzando una ceja.

—¿Tienes ganas de atragantarme?

—Muchas.

—Hazlo.

—Rebeca, deja de tentarme.

—Hazlo. ¿Por qué vuelves a contenerme conmigo? Ya no tienes que andar de puntillas, confío en ti. Hazlo —repito, decidida.

—Para follarte la boca como quiero necesito salir de esta cama y tenerte de rodillas en el suelo.

Ella gime, se remueve desnudándose de cintura para abajo y reptando por mi cuerpo, refregando su entrepierna por mi muslo.

Está caliente y húmeda. Más que dispuesta.

—Cuéntame más.

—¿Te das cuenta de que voy a tener un dolor de huevos considerable hasta que pueda saciarme de ti?

—No lo haces porque no quieres.

—No lo hago porque a menos de dos metros duerme nuestro sobrino.

—¿Y? No se entera de nada.

—Lo haría. Tus gritos despertarían a toda la montaña.

—Menos lobos... —se cachondea.

Mi risa amenazante parece acicatearla más. Mi mujer se mueve contra mi muslo, esparciendo sus fluidos por mi piel.

—Qué pena. Voy a tener que masturbarme con tu pierna ya que tú no quieres foll...

No la dejo continuar y agarro su cuello, atrayéndola hasta mi boca y devorando sus labios con fruición. Enrosco mi lengua con la de ella y gemimos de anticipación.

—Tú lo has querido —bisbiseo tumbándola de espaldas en el colchón, deshaciéndome de los pantalones del pijama que se encuentran enroscados en mis tobillos y me coloco entre sus piernas abiertas.

Su sonrisa zalamera me hace contener la mía.

Maldita y fascinante bruja.

—¿Has cambiado de idea?

—Así es.

—Ya empezaba a pensar que iba a tener que pasarme por la farmacia para comprarte un complejo vitamínico que te subiera un poco la libido.

—¿Sabes, Rebeca? —le pregunto, friccionando con la punta de mi erección su orificio lubricado—. Voy a follarte y, cuando acabe, voy a lamerte y entretenerme contigo un rato hasta que vuelvas a correrte. Entonces volveré a empezar y así durante toda la noche. Mañana vas a recordar esto durante todo el día, en cada movimiento, porque no pienso darte tregua.

Ella se muerde el labio inferior y me lanza una mirada alarmada.

—Pues me acabo de acordar de que tenemos un problema.

—No me vengas con eso ahora. Tú te lo has buscado.

—Te hablo en serio —se queja, echando hacia atrás las caderas cuando intento penetrarla—. Es importante.

Resoplo dominando mi cuerpo que amenaza con explotar como no bombee dentro de ella.

—¿Qué ocurre?

—No puedes correrte dentro.

La miro extrañado.

—¿Por qué? Siempre lo he hecho. Tomas anticonceptivos.

Su cabeza niega y la observo aún más sorprendido.

—¿No?

—No.

—Y el motivo es...

Espero su respuesta y ella rehúye mi mirada.

—Rebeca, por favor, habla.

—Mi ginecóloga me dijo que era mejor dejar de tomarlos para preparar mi cuerpo si queremos ser padres en unos meses.

Su frase se me cuela por cada uno de los poros de mi cuerpo y se enciende dentro de mí como si se tratase de una puñetera feria en mi interior.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—Has dejado las pastillas —afirmo.

—Ya te he dicho que sí —contesta algo molesta.

—Porque quieres quedarte embarazada.

—No ahora mismo. En unos meses —repite incomoda—. O quién dice meses dice años. Pero ya llevaba mucho tiempo tomándolas y mi cuerpo necesitaba un descanso. No solo lo hice por eso.

No termino de creerme su afirmación y contengo las ganas que tengo de estallar de felicidad, pues no es lo más apropiado dadas las circunstancias.

La beso sin poder contener una sonrisa. Ella intenta esquivar mis labios pero termina claudicando y devolviéndome el beso, recuperando el entusiasmo.

—Vale, para. Por favor, ve a pedirle a mi hermano un condón. Seguro que no están haciendo nada, a Valentina le bajó la regla esta tarde.

Arqueo una ceja y resoplo.

—Rebeca, no voy a ir a la habitación de Rubén a pedirle un preservativo para follarme a su hermana.

—Eres mi marido.

—Y él mi mejor amigo y está con su pareja en ese cuarto. No voy a interrumpir lo que quiera que estén haciendo. Puedo terminar fuera.

—Por favor...

Sus ojos implorantes me miran y murmuro blasfemando. Sabe cómo conseguir las cosas conmigo. Me conoce igual de bien que yo a ella.

Me incorporo en la cama, agachando hacia un lado la cabeza para no chocarme con el techo y rebusco los pantalones al pie de la misma. Me los coloco a duras penas con sus ojos claros sin despegarse de mi cuerpo.

Cuando voy a bajar la escalera se incorpora y se me acerca, besándome.

—Te quiero.

—Más te vale —contesto.

Ella se tumba sonriente y se tapa hasta el cuello.

—No tardes.

Una grosería asciende por mi cuello pero la atrapo en la garganta, impidiéndole salir. Menos mal que con la charla se me ha bajado un poco el calentón, porque si ya es ridícula la situación, tener que hacerlo con una erección de caballos sería del todo incómodo.

Salgo y enfilo los pocos metros que separan ambas habitaciones. Juro en mi mente que Rebeca va a pagar por todo esto; pienso matarla de placer.

Sin pensar demasiado toco con los nudillos en la puerta.

Vuelo a maldecir en mi mente cuando la que abre es Valentina, que se queda mirando mi torso descubierto.

—Perdón, no quería molestar.

Ella sale del trance en el que parece haberse sumido desde que ha abierto y me mira a la cara, negando un par de veces con la cabeza y frunciendo los ojos.

—¿Le ha pasado algo a Javier? —pregunta alarmada.

—No, no. Está perfectamente... Necesito hablar con Rubén.

—Ah. Bien. —Indaga con sus ojillos avispados, intentando discernir qué esconde—. Está en el baño. Ahora mismo le aviso.

Asiento, ella vuelve al interior y yo me cruzo de brazos, ansiando entrar en calor con el contacto de mi piel. ¿Por qué demonios habré salido sin el chaleco?

—¿Qué pasa, tío? —me pregunta mi amigo un par de minutos después.

Su cara algo pasmada por mi aparición y lo inverosímil de la petición me hace estallar en una risa nerviosa.

—Lo siento —me disculpo a los pocos segundos—. Joder —me quejo para mí—. A ver, ¿Valentina y tú...?

Él me observa en silencio, pero al ver que no añado más vuelve a preguntar.

—Valentina y yo... ¿qué? —me anima, estupefacto.

Andarme con rodeos no va a solucionar nada, así que lo suelto de sopetón para poder volver al dormitorio y estrangular con mis propias manos a Rebeca.

—Tu hermana ha decidido dejar de tomarse las pastillas anticonceptivas sin avisar y no me he traído preservativos.

Pasados unos segundos él asiente y sonrío.

—Dame un momento.

Niego con la cabeza escuchándolo cuchichear con su chica y la risa comedida de ella. Genial, ahora ya no hay nadie en la casa que no sepa que me pienso follar a mi mujer en unos minutos.

Cojonudo.

Rubén sale del dormitorio con el gesto algo contrariado.

—Lo siento, tío. Pensaba que había echado más pero no me quedan...

Asiento.

—No te preocupes. Gracias de todas formas.

Cuando me giro él me frena, susurrando y encajando la puerta a sus espaldas.

—No es por meterme donde no me llaman, pero quizá sea un buen momento para plantearos darle un primo a Javier. Valentina os lo agradecerá de por vida por no tener que ser ella la que se quede embarazada próximamente —añade algo pesaroso sin perder la sonrisa.

—Por mi parte no es por falta de ganas, ya lo sabes.

—Pues tienes la excusa perfecta, ¿no te parece?

Me guiña un ojo y sonrío, asintiendo no muy convencido.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Santi.

En el corto trayecto que recorro le doy vueltas a lo que me ha dicho Rubén. No sé si será acertado, pero cada vez me parece un plan más verosímil. Al subirme a la cama ya sé cómo abordar el tema y le lanzo una mirada ávida que hace que Rebeca me la devuelva con recelo.

—¿Lo tienes?

—No.

Abro la manta y me meto dentro después de sacarme los pantalones.

—¿No?

—Eso he dicho —rebato sin dejar de sonreír.

Levanto su chaleco y dejo a la vista sus pechos, recreándome en sus pezones. Los chupo y termino mordisqueándolos.

—¿Y puedo saber por qué estás tan contento? —indaga con desconfianza.

Alargo el tiempo de espera de mi respuesta y coloco mi erección en su entrada, jugueteando con ella. Rebeca se muerde el labio y agarra mi culo con sus manos.

—¿Es que acaso no tengo motivos para estarlo? —pregunto a mi vez—. Estoy casado con una pelirroja espectacular que encima aguanta mis perversidades. Y ahora dime, Rebeca ¿qué quieres tú?

—A ti.

—Y ¿qué quieres de mí? —la interrogo juguetón—. ¿Quieres mi lengua?

Lamo sus labios, incitador

—¿O mis manos?

Amaso sus pechos, pellizcando sus endurecidos pezones.

—¿O es mi polla lo que quieres?

Sin dejarle tiempo a pensar la introduzco con una penetración honda y ella jadea ruidosa.

—Shh. El niño.

—El niño —repite para sí misma.

Me muevo sobre ella, entrando y saliendo de su cuerpo durante unos minutos en los que ambos contenemos los gemidos a duras penas.

—No te corras dentro.

—¿Y si lo hago?

Ella se envara.

—No.

—¿Segura?

—¿A qué viene esto? —cuestiona, moviendo sus caderas en mi encuentro y con la voz afectada por el placer—. No queremos niños ahora.

—Yo sí.

—Santi...

—¿Qué?

—No me hagas esto —gimotea.

—Tú también quieres, Rebeca. ¿Por qué no lo reconoces?

Ella se mantiene en silencio unos segundos y me muerde el lóbulo de la oreja.

—Es mejor esperar.

—No lo creo.

—Nos va a cambiar la vida.

—Lo sé.

—Y vamos a tener que follar en silencio como ahora.

—Estoy seguro de que hay muchas maneras de afrontar eso.

Beso su cuello y lo estira, permitiéndome el contacto con mejor acceso. No dejo de mover las caderas de forma lánguida, sintiendo su calidez al entrar y el anhelo al salir.

—Dime qué es lo que de verdad te echa para atrás.

—¿Cómo sabes que hay algo?

—Porque te conozco —sonríe y ella me devuelve el gesto.

—No quiero volverme como Valentina.

La miro arqueando una ceja y ella me aclara su frase.

—Descuidar mi imagen, volcarme en el bebé y no tener otra cosa en mente ni tiempo para nada más, echar un polvo de consolación cuando las ganas nos puedan...

—Rebeca, tú no eres Valentina.

—Pero podría pasar.

—No si no es lo que quieres.

—Prométeme que no va a ocurrir.

—Te lo prometo —concedo sincero.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque sé cómo eres. En el fondo tú también lo sabes. —Le beso la punta de la nariz—. Soy consciente de que una decisión así acojona, no te voy a negar que yo también tenga ciertos miedos, pero sé que estando contigo no puede salir mal.

—Pones demasiada fe en mí.

—Valentina no esperaba el embarazo. Ya me has dicho muchas veces que nunca ha querido del todo ser madre y pienso que ese sentimiento la hace sentirse culpable, por eso se vuelca en Javier y descuida todo lo demás.

Ella me mira.

—Puede ser.

—Tú sí quieres tener hijos.

—Contigo sí.

—Tengamos uno.

—¿Estás seguro?



—Totalmente. —Empujo con mis caderas y la penetro hasta el fondo—. Pero no quiero que pienses que te estoy condicionando mientras mantenemos sexo, así que no voy a terminar dentro de ti. Esperaré hasta que decidas que ha llegado el momento.

Rebeca enreda sus manos en mi nuca y me acerca hasta ella.

—Eres el hombre más maravilloso del mundo.

—Me basta con serlo de tu mundo —le aclaro acalorado y bufo, retirándome de su cuerpo pues siento que estoy a punto de estallar.

Ella utiliza sus piernas para retomar la postura.

—No voy a aguantar mucho más —le advierto.

—Hazlo.

—¿Dentro? —pregunto queriendo cerciorarme de todo antes de actuar.

—Tengamos un hijo —sentencia—. Será nuestro regalo de San Calentín.

—Joder, sí...

—Es una pena que ya tengamos que marcharnos.

—Sí —musita Rebeca que parece tener la cabeza en otra parte.

—Según le ha contado el dueño a Rubén, esto antes era todo campo —añade Valentina a su lado, con las gafas de sol puestas y la camiseta recogida bajo su pecho, exponiendo su barriga al sol de media mañana.

—Esa frase es muy de abuela.

Ambas se ríen y sonrío observándolas desde el quicio de la puerta corredera. Ellas, ajenas a mi escrutinio, continúan charlando.

—¿Me puedes echar una mano? —me pregunta Rubén a mi espalda.

Me giro y lo observo cargar varias bolsas con esfuerzo.

—Claro.

—Qué barbaridad. Parece que se han multiplicado —se queja—. No recordaba haber traído tantos bártulos.

Me mantengo en silencio y salimos a la puerta, guardando en ambos coches las mochilas y demás cosas.

Una vez que hemos terminado, Rubén saca un par de cervezas que había dejado en la nevera imagino que para este mismo fin y me tiende uno de los botellines tras abrirlo.

—Salud. —Choca el vidrio con el mío—. Ha sido un buen fin de semana.

—Lo ha sido —admito.

«Y con un poco de suerte el año que viene por estas fechas seremos más de dos en casa», añado mentalmente, sonriendo.

—Gracias por prestarte a esto, tío. Sé que os he jodido un poco a vosotros pero Valentina lo necesitaba.

—Hoy por ti, mañana por mí.

Mis labios se niegan a dejar de curvarse y Rubén me observa algo desconcertado.

—Estás más raro que de costumbre.

—¿Sí?

—Sí. —Bebe un trago, sin ahondar más en ello—. ¿Las vamos avisando para que levanten los cuerpos de las tumbonas?

Afirmo con la cabeza y él se aproxima al cierre de puertas correderas, alertando a ambas amigas de que ya es hora de marcharse.

Cojo a Javier que ha empezado a protestar a mi lado y las escucho a ellas maldecir y buscar excusas, dándole largas y mandándolo de nuevo por donde ha venido.

—Me parece que vamos a necesitar un plan un poco más invasivo —murmura Rubén con un tono malicioso que me hace mirarle con una ceja alzada.

Cuando lo veo agarrar la manguera del jardín me apoyo en el quicio de la puerta entretenido, dispuesto a disfrutar en primera línea del espectáculo pero sin mancharme las manos. El pequeño se aferra a mi jersey intuyendo que algo va a ocurrir, pues no quita ojo de la escena.

Los alaridos femeninos resuenan con eco por toda la montaña a la vez que Rubén las empapa riéndose y yo no puedo evitar contener una carcajada.

En este momento me siento el hombre más feliz del mundo, aunque unas semanas después esa felicidad se convertirá en una dicha sin igual cuando descubramos que nuestra escapada tan peculiar de enamorados ha dado sus frutos.

Rebeca se ha quedado embarazada y no puedo esperar a verle la carita a ese bebé que gesta en su vientre.

¿Se puede estallar de felicidad? Porque así nos sentimos.

¿FIN?